

**LA NOCHE ME DIJO UN CUENTO**  
Marco Portillo



nadaEditores

**LA NOCHE ME DIJO UN CUENTO**  
Marco Portillo

# LOS SAUCES

## I

Los sauces llorones se veían a la distancia, cualquier otra noche hubiese pasado frente a ellos y los habría ignorado, pero no esa noche, esa noche ejercían una morbosa atracción sobre mí y mis pensamientos, esa noche me quería confundir con ellos, extender mis brazos y dejar caer mis hojas en eterno llanto silencioso, me parecía que los sauces lloraban su amargura a gritos silenciosos que se perdían en el monte, llorando hojas que caían estrepitosamente pero sin hacer ruido. Esa noche me pareció que los sauces alguna vez pasaron lo mismo que yo, era una noche fría y seca de noviembre y los sauces estaban en toda su gloria llorando amargamente su pena, ¿Algún enigma?, ¿alguna pena sin remedio? Ya se nos olvidó hablar con los sauces.

Es lo que me pasa en esta temporada del año, si todo el año fuera un mismo clima sería muy aburrido, y si todo el año nos la pasáramos con el mismo humor ¡Qué aburrido! En fin, la atmósfera es distinta, la presión atmosférica cambia un poco, solo un poco, sutilmente, y ejerce este efecto sobre los cerebros (unos más que otros), y el frío nos hace recogernos un poco más, ensimismarnos un poco más, y vuelven las tontas preguntas existenciales que atormentan a las cabezas inquisitivas. Probablemente en otro tiempo y en otras circunstancias hubiera sido solamente un noviembre deprimente como todos, pero ciertas circunstancias han hecho que este mes sea distinto.

Tal vez no sea el mes, tal vez sean cosas acumuladas año con año, en las que mi mente ha sido bombardeada, golpeada, reducida a piezas que parecen no juntarse, como cuando uno agarra una cáscara de huevo y la quiebra, cada vez más hasta hacerla polvo, eso era mi mente, un fino polvo de ideas, pensamientos y recuerdos sin aparente conexión pero que al final de cuentas han formado a esta mente y esta forma de pensar que soy yo.

Sin embargo, ha habido cosas muy agradables a lo largo de mi corta existencia, mucha gente busca la felicidad en la riqueza, en las cosas grandes, en el portento y la opulencia pero no se dan cuenta que si solo se detuvieran un instante cada día a ver a su alrededor hallarían suficiente belleza para deslumbrar sus sentidos. Aunque todo depende del cristal con que se mire, si se ven las cosas con el lente del optimismo vas a encontrar belleza en las cosas más extrañas, y con la lente del pesimismo le vas a encontrar cinco pies al gato, aunque a mí ya se me perdieron los lentes...

## II

- Pues si mano, la vida como la conocemos es una cagada.

La voz de Miguel sonaba indiferente, vacía, con la monotonía de haber dicho lo mismo muchas veces antes

Estábamos tendidos boca arriba en un montecito sereno al pie de los sauces, de día son distintos, son centinelas del campo, serenos, atentos a todo, como si estuvieran en una meditación eterna.

Miguel fumaba su cigarro, el humo del tabaco subía y se confundía en el aire, los sauces recibían el humo entre sus ramas y fumaban también.

- Mano, ayer tuve una experiencia extrasensorial, salí de mi cuerpo y pude viajar, la cuarta dimensión es la cosa más de a huevo que te podás imaginar-. Dijo.

Yo estaba un poco incrédulo, todavía no había conseguido nada en todas mis tentativas, tal vez me faltaba algo, tal vez la serenidad del caso, tal vez todavía no había vencido mi pereza, tal vez era un simple mortal como todos los demás sin mayores percepciones o tal vez mi amigo me estaba queriendo ver la cara de tonto.

- Pude ver a Marla, estuve en su casa, la vi durmiendo en su cama, fui hasta la cocina y abrí; pasé a través de la puerta del refrigerador, no tuve necesidad de abrirla, pude flotar y subir al techo de su casa, me detuve y miré a los sauces. No podía creerlo; me acerqué a ellos y pude ver sus elementales.

- ¿Cómo se ven los elementales de los sauces? - Pregunté algo inquieto.

- Son como unos señores de grandes barbas, su sangre verde se puede ver en el color de su aura, y sus grandes barbas caen igual que sus hojas lloronas.- Me contestó

- ¿Les hablaste?

- Si

- Mano, no me hagás cucharearte las respuestas, contá que te dijeron.

- No hablan, pero se comunican, te transmiten sus pensamientos, por supuesto que no te van a decir nada si no tenés un buen motivo para invocarlos. Me dijo, su voz seguía siendo monótona pero había cierta vibración en sus cuerdas vocales, como si quisiera contener una emoción.

- Seguro tenías un buen motivo
- Si.
- ¿Explicame lo de los elementales otra vez?
- Mirá pues, los humanos tenemos un cuerpo físico y un espíritu, los animales también, las plantas también, la diferencia es que lo que para nosotros es el espíritu, para los animales y las plantas son los elementales, ellos también tienen su espíritu, los indígenas le llaman nahuales, viéndolo bien si hacés el juego de palabras nahual suena como a natal.

La tradición de los antepasados era que se hacía un círculo alrededor de la casa donde hubiera un recién nacido, se hacía en la noche, y a la mañana siguiente buscaban las huellas del primer animal que haya puesto sus pies dentro del círculo. Ese es el nahual. La otra tradición es sembrar el ombligo del recién nacido con una semilla de un árbol y ese árbol es el nahual del niño. El natal, el espíritu guardián o si querés ponerlo así, el ángel de la guarda.

Yo todavía no sabía si terminar de creerle o no, ¿había hecho todo lo que me había dicho o era otra de sus alucinaciones? Ya sé que el Miguel no era lo que se pudiera llamar el “típico vecino”, se vestía raro, siempre de negro, le gustaba la música rock aunque también de repente escuchaba la nueva trova, yo había aprendido sus gustos y aunque a veces chocábamos en algunos criterios, siempre terminábamos de cuates.

¿Y cómo era eso de que se comunicaban sin hablar? Bueno, eso se comprende, para algo existe la telepatía, la transmisión de ondas cerebrales o algo así, lo que más me intrigaba era que no hubo ninguna manera de sacarle de qué habían hablado, supongo que con su silencio me quería decir que tratara de averiguarlo por mi cuenta.

Ese día nos despedimos después de mucho pensar y poco hablar, había pasado algo extraño en el semblante del Miguel, estaba un poco más sereno que de costumbre, no habló tanto de sus problemas en su casa, una familia de clase media luchando por no caer a baja, todos trabajaban y eso realmente no era ningún problema, sin embargo las riñas eran algo constante y eran difíciles de soportar para él, viniendo de una familia desintegrada tuvo que soportar varios problemas desde su niñez, y eso ya lo estaba cansando.

Como todo típico adolescente de clase media a principios de los noventa se empezó a interesar por el rock pesado, iba a conciertos, conoció distintos tipos de gente y distintas ideologías que abrieron su mente y lo hicieron dudar de todos los valores que le habían inculcado, intuía que había algo más allá de todas las letanías del rezos y procesiones de Semana Santa de la rancia ciudad de Guatemala.

Sin embargo había algo en el incienso, en las letanías y en las viejas tradiciones que ejercía cierta atracción sobre su persona, si no hubiera seguido el camino que llevaba seguro se hubiera hecho sacerdote. Pero la vocación ya se trae y su vocación era otra.

Como dije, se interesó en la música, con muchos esfuerzos compró una guitarra y aprendió a tocarla de oído. No se podía decir que era un virtuoso, pero había que darle el crédito después de todo lo que había pasado por su vida, tenía un trabajo de noche en un banco de la ciudad y con eso sufraba sus gastos, fue allí donde lo conocí.

En fin, esa noche estaba libre así que decidí probar nuestra teoría, por el mismo hecho de tener que acostumbrarme al cambio de horario se me hacía un poco difícil dormirme temprano, casi siempre me quedaba hasta la una o dos de la mañana viendo cualquier cosa en la televisión hasta que me daba sueño, pero esa noche decidí intentar nuevamente. Acostado en decúbito dorsal (de lado, del lado del corazón para ser más específicos) esperé hasta encontrarme en ese estado entre lucidez y sueño llamado vigilia, entonces pronunciar las palabras adecuadas, es una letanía que hay que repetir muchas veces, un ensalmo que, dicho de la manera indicada podía ser muy poderoso, por algún presentimiento tenía la seguridad que esa noche sí funcionaría.

El truco estaba en no quedarse dormido, repites las palabras dichas como un mantram, un mantram es una palabra o una serie de palabras que repites muy despacio, hasta que sientes que estás a punto de dormirte, como en un trance psíquico, entonces, muy despacio, te levantas, muy muy despacio, con mucho cuidado para no despertarte completamente, con tus ojos cerrados y repitiendo el mantram, entonces, como una exhalación das un pequeño salto...

¡Y funcionó!, en ese momento ya no era necesario decir más, me encontraba flotando en una atmósfera etérea, mi primer impulso fue rotar lentamente hasta quedar de frente a mi cama y efectivamente, allí se encontraba mi cuerpo físico, me encontraba en los dominios oníricos, podía moverme a la velocidad del pensamiento.

Dicen que hay un hilo de plata que conecta tu alma a tu cuerpo, un hilo muy fino que hace que cuando duermes tu alma salga al exterior y pueda ir adonde desee, normalmente eso lo hacemos inconscientemente y lo llamamos sueños, ese hilo solamente lo puede cortar el ángel de la muerte, entonces nuestra alma queda libre de nuestro cuerpo. Lo que pocos saben es que podemos dominar nuestros sueños y convertirlos en lo que nosotros queramos. Pues bien, me acerqué lentamente a la puerta de mi cuarto y me moví hacia fuera, afortunadamente era una noche de luna y entraba suficiente claridad por las ventanas como para poder ver todo en la oscuridad, una noche mágica de noviembre, me moví hacia la sala, todo estaba en una calma absoluta, no había ningún ruido, solamente era mi espíritu y el universo, me acerqué a la puerta, la atravesé y pude ver la calle serena.

Fue entonces cuando me invadió el pánico.

No era que hubiera visto nada anormal, algún espíritu o algo así, fue simplemente miedo de perderme, ¿Qué pasaba si me perdía? ¿Si me iba a vagar sin límite, sin ninguna noción del tiempo y del espacio, simplemente porque en esta dimensión no existen tales conceptos? ¿Y si me perdía en la eternidad?, había cruzado la puerta, no solo de mi casa sino del universo como lo conocemos, ¿Y ahora que?

De un instante a otro, todo empezó a dar vueltas a mi alrededor, fue como una sacudida tremenda, no tenía poder sobre mi cuerpo (¿cuerpo o espíritu?), mi cabeza se sacudía violentamente y tenía la sensación que se inflaba y por un momento iba a explotar. Justamente cuando sentía que ya no podía soportarlo más, jadeante y sudoroso, desperté.

### III

- ¿Jajajajaa Te ahuecaste?
- Si, mas o menos.
- ¡Jajajaja no puedo creer que te hayás ahuecado! - Miguel se reía aparatosamente y me miraba como con lástima, estábamos tomando un café y panes con frijoles en Las Cien Puertas, un café en la zona 1 de la ciudad de Guatemala, en el Portal del Comercio.
- Bueno, por lo menos logré salir
- Eso es cierto, ¡Ya hubiera querido verte la cara! ¡Jajajajaja!
- Tu madre
- Lo importante es que ya lograste algo maestro, yo anoche volví a salir.
- ¿Viste a tus nahuales?
- Si maestro, hay algo bueno en el futuro, puedo hablar con mis elementales, con mis nahuales, están ligados a mí, al nacer alguien enterró mi ombligo con un sauce, pudo haber sido la muchacha que trabajaba en mi casa, la indita sabía lo que hacía, me escogió un buen guardián.
- ¿Ahora si me vas a decir qué platicaron?
- No maestro, eso solo queda entre ellos y yo, solo te puedo decir que hay algo para mí en el futuro.
- ¿Te estás dejando la barba?
- Si, mis pelillos...

Ahora se veía más calmado, más en paz consigo mismo, ya estaba acostumbrado a no preguntarle cuando empezaba con sus respuestas evasivas, tenía que conformarme con saber que había algo para él en el futuro, y aunque no tuviera idea, tenía que hacer como si le entendiese.

Pero lo veía un poco más pálido, se estaba dejando crecer el pelo, con el paso de los días y las semanas empezaba a caerle a los hombros y a la cara en mechones, igual que su barba, la dejaba crecer sin ningún cuidado, que llenara su cara y que cayera sobre sus mejillas y cuello, su contextura delgada le hacía ver los ojos y pómulos más hundidos en su rostro.

Renunció al trabajo, según me dijo durante las pocas veces que hablábamos ya estaba aburrido también de tener que pasar de las seis de la tarde a las seis de la mañana digitando documentos para el banco, sentado enfrente de la computadora, tenía que hacerlo porque no había otra salida, tenía que hacerlo como medio de subsistencia, pero ya se hallaría, medio en broma me decía que por ser vegetariano no necesitaba de mucho para sobrevivir, pero en realidad y aunque casi ya no hablábamos del tema sabíamos que su futuro estaba por llegar.

Un día tocó la puerta de mi casa.

- Maestro, me vengo a despedir - Dijo.
- ¿Adónde vas?
- A enfrentar mi destino, estoy preparado, he hecho todo lo que tenía que hacer y estoy listo para ascender mi esfera superior.

No entendía muy bien de qué me estaba hablando pero presentía que no lo volvería a ver, no era necesario preguntárselo

Por un momento pensé que se iba a suicidar, después fui comprendiendo todo, al ver su semblante, el cabello le caía en mechones por su cabeza y hombros, su barba era rala y caía dispersa por sus mejillas, la paz de su mirada se veía a través de sus ojos, casi perdidos pero aun diáfanos y sinceros, irradiaba felicidad.

- Vos me has hecho huevos a todo lo que me ha pasado maestro, solo espero que podamos comunicarnos de vez en cuando, entonces ya no te vas a regresar tan rápido porque vas a tener un motivo para salir.
- Tus nahuales.
- ¡Si maestro!
- Te felicito
- Gracias

No se me ocurría que más decirle, es decir, hubiera querido preguntarle un montón de cosas, pero conociendo su habitual silencio creo que hasta ya sentía que me había dicho demasiado, tal vez no quería involucrarme mucho en algo que era solo suyo.

Esa noche hubo un poco más frío que de costumbre, la luna estaba en todo su esplendor e iluminaba el cielo igual que un año antes, el viento soplaba fuertemente y silbaba entre los árboles, los sauces silbaban en un tono grave, como cantando un solemne himno, como si hubieran aceptado a uno más entre sus miembros.

Es probable que nadie se haya dado cuenta pero a mí me parece que, al día siguiente, había un nuevo y majestuoso sauce llorón con sus ramas-brazos abiertos de par en par dominando el paisaje.

No esperen que les cuente los temas de nuestras conversaciones con los sauces, baste con decir que me siento mucho más pacífico y sereno que antes, he comprendido muchas cosas de la vida... y ya se empieza a notar un ligero crecimiento de mi cabello y barba.

# **EL CADEJO BLANCO**

Armando regresaba a su casa después de un decepcionante día de trabajo. El costal a la espalda. Caminaba por las calles de su pobre barrio sin observar la miseria de los alrededores, ya estaba acostumbrado a la calle de tierra, a las casitas humildes, de block sin pintar, al débil alumbrado público que iluminaba con luz de vergüenza sobre las almas que día a día batallaban con la vida una guerra interminable en el asentamiento humano.

Eran las nueve de la noche. Armando era en ese momento el único transeúnte. En el costal llevaba su producto –barquitos de madera contruidos dentro de frascos de leche-, los cuales vendía de casa en casa. Él mismo los construía, el truco era fabricar las piezas, barnizarlas y luego meterlas una por una dentro del frasco, previamente encoladas. Para esto usaba una pinza y mucha paciencia, cada pieza de los barquitos requería precisión y firmeza, sobre todo en el armado. Pero el resultado era satisfactorio. La gente se preguntaba cómo podía caber un barco entero dentro de un frasco cuya abertura era tan estrecha. Y se admiraban de lo bonito que quedaba.

Pero la venta no era fácil, la gente parecía tener el “No, gracias” en la punta de la lengua, aún sin antes ver lo que se les ofrecía. Sin tener en cuenta el trabajo y dedicación que Armando prestaba a todas sus obras. Claro que no siempre se dedicaba a lo mismo, unos días salía a comprar frascos de loción vacíos, para luego venderlos a otros que a su vez los rellenaban con preparados que semejaban, más o menos, al aroma original. Otros días recolectaba llantas para hacer caites, otros días baterías de carros...

Sin embargo, lo que entusiasmaba más a Armando eran los barquitos. Si tan sólo la gente pudiera verlos como él los veía, cada uno de ellos era como su hijito.

Aun así la gente despreciaba a sus hijitos.

O se los querían comprar demasiado baratos.

Armando caminaba tan hundido en sus pensamientos que no prestó mucha atención a la jauría que venía caminando por la acera de enfrente. Al frente de los perros iba la hembra en celo, detrás los pretendientes, todos jadeantes, unos de cansancio y otros de deseo. El primero de ellos era un perro grande que le olfateaba la cola a la perra y avanzaba queriéndola montar. La perra tal vez no estaba convencida del todo con el pretendiente. Se hacía a un lado y redoblaba la marcha. El resto de perros se revolvían tratando de ser los siguientes en la fila para probar suerte.

Cuando la comitiva canina pasó frente a Armando pasó algo raro. El perro mayor, el primero de la fila paró las orejas y miró a Armando. Posiblemente sintiéndose amenazado por la presencia del extraño. Atravesó la calle con paso decidido, gruñendo y pelando los dientes. Armando se dio cuenta cuando ya lo tenía a un metro y no pudo hacer nada.

El perro dio un pequeño salto y lo mordió en la pierna. Armando sintió la mordida/gruñido/empujón y gritó “¡Chucho!” Más con sorpresa que miedo.

El perro, después de la mordida, volvió a cruzar la calle, tomando su puesto en la persecución de la hembra en celo.

Por su parte Armando, entre confundido y adolorido vio la extraña procesión perderse al doblar la esquina, pensando “Solo esto me faltaba”.

Siguió su rumbo hasta llegar al cuarto que alquilaba. Su esposa le esperaba. Aunque decir “su esposa” era mucho. Había sido su novia, salió embarazada y Armando tuvo que hacerse cargo de ella y la criatura, a como diera lugar.

- Hola, venís tarde - le saludó.
- Hola, sí me agarró un poco... quería ver si vendía algo mas.
- ¿Y vendiste algo?
- Dos.

Armando colocó sobre la mesa, con cuidado, el costal con los frascos de barquitos. En un cuarto de tres por cuatro metros tenía la cama, la mesita de comedor, la estufa, un mueble para trastos, el ropero con una tele pequeñita encima, la cuna de la nena, un refrigeradorcito y otra mesa pequeña donde hacía sus trabajos. El baño estaba en el corredor y lo compartían con los otros inquilinos.

- Hay sopa de fideos. ¿Querés?
- Sí, gracias, solo como y salgo... - y como quien dice nada - Me mordió un chucho.
- ¿Como así?
- No se cómo. Se tomó la molestia de atravesarse la calle solo para morderme. ¡El condenado!
- Vamos a ver, ¿Dónde te mordió?

Armando se levantó de la silla y le mostró la pierna izquierda. En efecto, a medio muslo estaba rasgada la tela del pantalón, y debajo, marcados, los dientes delanteros. Parecía un pellizco y se empezaba a inflamar. De uno de los extremos del pellizco corría un hilo de sangre.

- Sí te mordió pue. - dijo su esposa - Vas a tener que ir al centro de salud. Vaya que no te mordió más arriba o te desinfla la nalga y te quedás con llanta pache. Te voy a echar un poco de alcohol mientras.

Armando se tomó la sopa parado en lo que su esposa le limpiaba la herida. La cena caliente lo hizo sentir mejor, confortado.

Después de la cena salió hacia el centro de salud. Siempre había algún doctor y enfermeras de turno en caso de alguna emergencia, además quedaba cerca, podía llegar a pie. Ya habían visitado el lugar anteriormente cuando su hija se había enfermado. Aunque comprar la medicina era otra cosa. Armando recordaba las noches que habían pasado en vela tratando de bajarle la fiebre, adivinando qué podría tener malo, deseando que la nena pudiera hablar para decirle “me duele aquí” pero nada, los bebés solo lloran. A veces les cortaban la luz y tenían que alumbrarse con candelas

La noche le jugaba sombras a sus espaldas, las sombras jugaban a esconderse entre las paredes de las casas, trepaban por los tejados y se descolgaban, goteando, sobre su cabeza. Se hacía tarde.

Armando estaba acostumbrado a caminar solo y de noche, se sentía bien, a pesar de la mordida, pero tenía que cerciorarse que no fuese nada malo. Uno nunca sabe con los perros callejeros. La rabia...

Algo hizo que Armando detuviera su marcha y se detuvo. La calle frente a él estaba solitaria, no había nadie y estaba seguro que algo lo estaba siguiendo y volvió a ver.

Era un perrito.

“¡Un perro!” Pensó Armando después de un hondo suspiro. Era blanco, sin manchas, no muy alto, de orejas puntiagudas y pelo corto, no parecía perro callejero, era muy bonito. Pero Armando no estaba para perros.

“¡Chuchooo!” grito amenazante, pero el perrito no se movió.

“¡Shhhoooo!” dijo, ahora acompañado de un brinco con todo y zapatazo. El perrito lo veía con curiosidad, giró su cabeza, pero no dio un paso.

Armando siguió caminando una media cuadra y volvió la mirada. El perro iba tras él, aproximadamente a la misma distancia de antes, unos tres metros.

“Me viene siguiendo” pensó.

Armando no era gran amante de la idea de tener mascotas, pero si algún día tuviera la oportunidad de mantener una, seguramente le gustaría tener un perrito como éste.

“Pero bueno, me acaba de morder uno, tal vez hasta tenga rabia, lo único que me falta ahora es que me muerda otro” dijo para sí mismo y siguió caminando.

“Las cosas de la vida, uno se parte la espalda sentado trabajando, se quema los ojos tratando de armar los barquitos, que no se corra la goma, que no se despinte, que hay que presionar lo suficiente para que pegue bien. Luego uno se gasta las suelas hasta quedarse con las patas peladas caminando para que nadie compre nada. ¿Y todo para que? ¿Para esto?”

“Lo peor es tener que quitarse la vergüenza para ir de casa en casa, y ver las caras de toda esa gente que tiene tanto, que en un cuarto tienen lo que yo tengo por casa, llegar a ofrecerles un adornito, una cosita sencilla aunque hecha con amor. Pero nadie lo aprecia.”

“Y encima de eso uno se expone a que lo asalten, a que venga cualquier sinvergüenza ladrón y le quite a uno lo poco que se ha ganado a punta de cuchillo. Y yo diciendo que me da vergüenza vender de casa en casa, gracias al Cielo que trabajo honradamente para mis frijolitos. ¡Venganza es robar!

Armando entró de muy mal humor al centro de salud. Pero antes de entrar volvió a ver. El perrito iba a la misma distancia, se detuvo al mismo tiempo que él y se quedó sentado. Sin quitarle la mirada.

En el centro de salud tomaron sus datos, lo examinaron, curaron la herida. Armando dio la descripción del perro agresor y el médico le indicó que tratarían de rastrear al perro, en caso de encontrarlo lo pondrían en observación. De todos modos no se salvó de la inyección antitetánica, ni de la primera inyección de las siete que le tenían que poner, una diaria, por los próximos días.

Al salir de la clínica era casi medianoche y Armando echaba chispas.

Empezó a andar a paso ligero, no le hacía gracia caminar por esas calles a esas horas, en el barrio marginal, y empezaba a preocuparse, anduvo en silencio y por pura curiosidad volteó el rostro solo para ver al perrito blanco que lo seguía.

- ¡Por tu culpa! -empezó a hablarle al perro en voz alta, para acompañarse un poco Bueno, no por tu culpa, ¡Pero por tu raza! Ahora estoy mordido, pinchado, desvelado y sin un centavo. No vendí casi nada el día de hoy y eso que caminé como bestia. ¡Y vos tan tranquilo! Así se aparecen, como si no rompieran un plato, pero así son, primero se ven mansitos y luego cuando ya tienen la confianza de uno ¡Zas! Pegan la tarascada. Así como vos, bonitos, mansito y todo, y eso que no te he dado nada, si te doy un pedazo de pan viejo ya estuvo que nunca te fuiste y luego tengo que dejar de comer por darle al chucho.

Armando estaba fuera de sí, regresó dos pasos y amagó con patear al perrito. Levantó la pierna, pero el animalito tenía la mirada inocente, tan dulce e inocente que Armando no tuvo más remedio que bajar la pierna y compadecerse.

- ¡Chucho cabrón! ¿Quién sos? ¿Te fugaste de algún lado? ¿Te fuiste y no hallaste el camino de regreso? Tal vez estás perdido y alguien me da recompensa por entregarte...

El perrito se sentó y lo miraba atento, parecía escuchar y comprender todas las palabras de Armando.

Pero los perros no hablan. Armando se dio cuenta de lo tonto de la situación y siguió su camino. Aunque había algo que le parecía extraño. En todo el camino de ida y de regreso no encontraron a nadie más, humano o animal.

Llegó a su casa donde su mujer le hizo un lugar para dormir y se cobijó con la esperanza de un mañana mejor, de que algún día su suerte cambiaría, que todo sería diferente. Casi estaba dormido cuando lo asaltó una última curiosidad. Salió a la calle por última vez para verificar si estaba su perro acompañante. Pero la calle estaba vacía, se había ido.

Al día siguiente Armando le contó su extraño viaje a una señora vecina, ya vieja, la señora lo escuchó asombrada y al final le dijo:

- ¡Lo dejó ir! ¡Lo tenía enfrente y lo dejó ir!
- ¿A quién? ¿Al chucho?
- ¡Sí! -decía la señora emocionada- ¡Era el cadejo blanco!

Armando jamás había escuchado hablar de él.

- No, usted está confundida, el cadejo es negro, con patas de cabra y ojos rojos, que parece que echara fuego. Este era blanco, chiquito, hasta bonito era.
- ¡Sí! Pues ese era el cadejo blanco. El negro es el que cuida a los borrachos y es el puro demonio. En cambio el blanco es un ángel que se le aparece a la gente honrada y los cuida. ¡Y dicen que al que lo toca se le convierte en una fortuna allí mismo en sus manos! ¡Pero usted lo dejó ir, baboso!



nadaEditores

[www.nadaeditores.com](http://www.nadaeditores.com)  
[www.silenciofuerte.blogspot.com](http://www.silenciofuerte.blogspot.com)

Primera Edición: mayo de 2007

nadaEditores  
Guatemala-Guatemala

Diseño e ilustración: Laura Penados